

"La prioridad del Gobierno no ha sido gestionar la crisis, sino elaborar eslóganes" por José Luis García Delgado

Para el premio Rey Juan Carlos de Economía, la crisis ha vuelto a poner en evidencia las viejas y conocidas limitaciones de España. "Una constante de nuestra política económica es esperar a los números rojos para mover ficha", se lamenta.

El catedrático de economía aplicada José Luis García Delgado, premio Rey Juan Carlos, es autor de una densa obra sobre la modernización de la economía española y europea. Recientemente ha coordinado una recopilación de diferentes ensayos sobre la pandemia en donde se analizan desde una visión poliédrica las consecuencias del Covid y se ofrece una valiosísima visión prospectiva del escenario postpandemia.

España ha destacado negativamente tanto en la gestión sanitaria como en la respuesta económica. ¿Qué se ha hecho mal?

Eso es precisamente lo que debería haber analizado y expuesto una auditoría exigente, es decir, integrada por técnicos competentes y de independencia contrastada. Para lo sanitario, se ha reclamado por parte de científicos, foros civiles y algunos políticos de la oposición. No se ha hecho, y desconocemos qué engranajes o piezas del mecanismo han fallado o eran manifiestamente mejorables. Pensábamos que teníamos el mejor sistema sanitario del mundo y bajamos la guardia en equipamientos, organización, plantillas. La autocomplacencia es siempre mala compañera... En el plano económico, más aún que la cortedad de la política de ayudas directas a sectores y empresas especialmente afectadas, destacan las deficiencias de gestión. La de medidas estrella como los ERTE [expedientes de regulación temporal de empleo] o el IMV [ingreso mínimo vital] no ha sido y no está siendo ágil. Es punto menos que calamitoso el espectáculo que ofrecen a diario las oficinas de empleo y la Seguridad Social...

El Covid ha supuesto una prueba de esfuerzo. ¿Qué debilidades han aflorado?

Está muy bien escogida esa expresión de prueba de esfuerzo. La presión extraordinaria ejercida por la pandemia ha revelado flancos mal guarnecidos, frágiles o especialmente vulnerables. Algunos son viejos conocidos: una estructura basculada hacia sectores y servicios especialmente sensibles a los acontecimientos sobrevenidos, un tejido empresarial atomizado, un mercado laboral segmentado y disfuncional y un insuficiente esfuerzo en investigación y formación. Otras debilidades, en cambio, nos habían pasado inadvertidas: además de las ya mencionadas de la sanidad, está el mal engrasado mecanismo articulador entre las Administraciones públicas y el escaso margen fiscal.

¿Qué lecciones deberíamos sacar?

Una, desde luego, es obvia: aprovechar las épocas de bonanza para hacer los deberes (pensemos, por ejemplo, en el déficit público) y acometer reformas en un

edificio que cuesta mucho más realizar cuando llueve. Enrique Fuentes Quintana solía decir que una vieja constante de nuestra política económica es esperar a los números rojos para mover ficha. Solo el peligro de la insolvencia decía él pensando en el déficit exterior, estimulaba la voluntad a hacer cambios mucho antes aconsejados.

¿Qué elementos hubieran podido mejorarse?

Muchos, sin duda... La reacción ha estado (y sigue) lastrada por la división interna en el propio Consejo de Ministros y ha prevalecido el activismo. La prioridad no ha sido la gestión, sino elaborar eslóganes y cuidar la imagen. Se ha convertido la comunicación en el primer mandamiento de la ley. Peor aún: los déficits de liderazgo han ido de la mano de un muy perceptible deterioro institucional y de un clima polarizado, casi frentista, cuyos efectos sobre la actividad no pueden ser más que perniciosos. La economía es muy sensible a la fortaleza institucional y a la calidad de la gobernanza.

Estados Unidos y Europa han reaccionado con distinto grado de rapidez y efectividad a la hora de amortiguar el golpe. ¿Qué opinión le merece el papel de los bancos centrales?

Ha habido diferencias en el tiempo y la intensidad de las respectivas actuaciones, pero solo hasta cierto punto. Por suerte para nosotros, y tras unos primeros días titubeantes, el BCE ha actuado esta vez con determinación y constancia, en línea con lo que han hecho la Reserva Federal y los bancos de Japón e Inglaterra. Su actuación ha sido fundamental, una pieza básica del salvavidas contra la pandemia. La artillería monetaria ha demostrado una potencia de fuego muy alta, ciertamente.

Una duda que plantean los planes de estímulo es que son una ayuda importante para la gran empresa, pero eso no está tan claro en el caso de pymes y autónomos, que configuran el grueso del tejido productivo...

Vuelvo a lo de antes: hay que dedicar más horas y esfuerzo a la gestión, pues claro que es más fácil trabajar para unas cuantas grandes empresas que para un universo mucho más numeroso y atomizado. Pero es crucial hacerlo, porque las pymes son uno de los más fructíferos viveros de empleo y estabilidad social, no lo olvidemos.

El Gobierno ha apostado por subir muchos impuestos existentes y crear otros nuevos, como la tasa Google o la ya vieja Tobin. ¿Era el momento?

Tajantemente, no, en absoluto. Mire a su alrededor: Francia, Alemania, Italia... ¡No hagamos experimentos cuyos resultados pueden ser perniciosos! Administremos con rigor lo recaudado. Hay un amplio margen para la mejora (y tengo que repetirme) de la gestión que puede proporcionar tantos o más ingresos suplementarios al erario que los que se obtendría con las subidas establecidas. Nuestro sistema tributario necesita una reforma profunda, y eso es todo lo contrario de retoques parciales y precipitados.

Algunas economistas sugieren que los déficits y la deuda ya no importan. ¿Avanzamos hacia un nuevo paradigma o se trata de una mera imprudencia?

Imprudencia, en mi modesta opinión. Es cierto que se ha producido un consenso generalizado a favor de relajar la disciplina fiscal con objeto de movilizar los recursos necesarios para hacer frente a un embate excepcional y no reproducir las situaciones vividas durante la Gran Recesión. Hay consenso (como se ha dicho acertadamente) en torno a que el riesgo de hacer demasiado poco es mucho peor que hacer demasiado. Pero los déficits y el endeudamiento tienen costes, y habrá que afrontarlos antes o después. Una cosa es que haya que salvar los muebles y otra, que no tenga coste. La factura nos llegará sin remedio, y el grueso recaerá sobre quienes no han tenido ocasión de participar en las decisiones, es decir, los más jóvenes.

¿Cuáles son los grandes riesgos a vigilar en este ejercicio?

Para mí, y sé que soy muy esquemático, es que "la política" (entre comillas) se imponga, que el cortoplacismo de los partidos determine la agenda y la actuación económica. Ese es el principal peligro. El populismo vive al día y España necesita una mirada más alta, un plan a medio plazo, como mínimo. Sería nefasto que la pequeña política prevalezca en la asignación de los fondos europeos. A diferencia de lo que podría creerse, y dada la alegría con que se alude al montante acordado (esos 140.000 millones de euros), no se trata de dinero a fondo perdido, con el que regar las redes clientelares. Son recursos condicionados para la reconstrucción y la implementación de proyectos y reformas ambiciosas. Justo lo que obstaculiza la pequeña política con sus estrechas miras partidistas o electoralistas...